



«Y fué elevado al cielo y está sentado a la diestra de Dios» (Lc. XXIV, 50).

Sin embargo, solamente dos evangelistas, San Marcos y San Lucas, la consignan en sus respectivos Evangelios expresamente; de los restantes libros del Nuevo Testamento, los Hechos de los Apóstoles tan sólo.

Todos los demás la suponen, es cierto; la dan como cosa sabida; se mueven dentro de su ambiente, pero, descripción, narración del hecho trascendental, no se encuentra ninguna a excepción de las citadas.

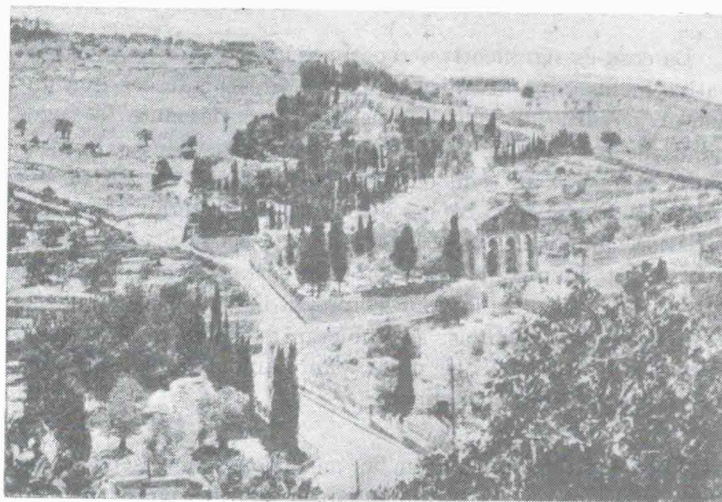
La cosa es significativa, repetimos, y tiene más valor probativo incluso que los mismos documentos históricos que pudieran acreditarla. Ello demuestra palmariamente la seguridad absoluta en que vivían los primeros cristianos y la completa exclusión de todo cuanto pudiera tener la crítica por invención y engaño. Si los evangelistas hubieran sido unos falsarios, amañadores de las cosas que narran, ciertamente que en este punto de tan capital importancia para su héroe y que tanto se prestaba por su propia naturaleza a fantasías e invenciones creadoras, se hubieran excedido a sí mismos. Pero nada de eso. Ni se preocupan siquiera de consignarlo: ¡es tan del dominio público!

La parquedad misma en las narraciones de los pocos autores sagrados que la tratan, produce idéntica convicción: el hecho escueto, sin adorno, con palabras sencillas y sin pretensiones...

Es evidente que no cuentan más que lo que han visto u oído a los testigos oculares.

El que está en la posesión de la verdad, el que la ha tratado con sus manos, no necesita vanos efectos de invención ni tiene por qué engañar. La verdad basta y se impone por sí misma; nada postizo, sobreañadido y falso puede llenar cuando se trata de hechos trascendentales.

Los relatos se reducen a simples notas: los once acompañan al Maestro al monte de los Olivos, sitio designado ya de antemano por el Salvador: allí les bendice Jesús por última vez y asciende por sí mismo, en virtud propia, a los Cielos. Todos presencian el hecho emocionados; siguen con sus miradas al que sube, hasta que una nube envidiosa se lo roba de su vista. Los Apóstoles permanecen extáticos mirando hacia lo alto, sin que puedan retirar los ojos: por fin apa-



EL MONTE OLIVETE con el huerto de Getsemaní al pie

recen delante de ellos dos ángeles vestidos de luz, que los sacan de su éxtasis, y se vuelven a Jerusalén llenos del gozo más exultante... Entran en el Cenáculo y allí permanecen unánimemente entregados a la oración en compañía de las santas mujeres y de María, la Madre de Jesús.

Esquemáticamente nada más.

Es lo único que correspondía: lo único que habían visto y presenciado.

Lo demás hubiera sido invención y comentario...

Oigamos los textos:

San Marcos.

«Y el Señor, después de haberles hablado, fué recibido arriba en el cielo y sentóse a la diestra de Dios.

Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, obrando con ellos el Señor y confirmando la palabra con las señales que se seguían.» (XVI, 19-20.)

San Lucas.

«Y sacóles fuera hasta Betania, y alzando sus manos los bendijo.

Y aconteció que bendiciéndoles se fué de ellos y era llevado arriba al cielo: y ellos, después de haberle adorado, se volvieron a Jerusalén con grande gozo; y estaban siempre en el templo alabando y bendiciendo a Dios.» (XXIV, 50-53.)

Los Hechos de los Apóstoles.

«He hablado en mi primer libro, ¡oh, Teófilo!, de todo lo que hizo y enseñó Jesús, desde su principio hasta el día en que fué recibido en el cielo, después de haber instruído por el Espíritu Santo a los Apóstoles que El había escogido.

A los cuales se había manifestado también después de su pasión, dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles en el espacio de 40 días y hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios.

Y, por último, comiendo con ellos, les mandó que no partiesen de Jerusalén, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual, dijo, oísteis de mi boca.

Y es que Juan bautizó con el agua, mas vosotros habéis

de ser bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.

Entonces, los que se hallaban presentes le hicieron esta pregunta: «Señor, ¿si será éste el tiempo en que has de restituir el reino de Israel?».

A lo que respondió Jesús: «No os corresponde a vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados a su poder.

Recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me serviréis de testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta el cabo del mundo».

Dicho esto se fué elevando, a la vista de ellos, por los aires: hasta que una nube lo cubrió a sus ojos.

Y estando atentos mirando cómo iba subiéndose al cielo, he aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: «Varones de Galilea, ¿por qué estáis ahí mirando al cielo? Este Jesús, que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá».

Después de esto, se volvieron los discípulos a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén el espacio de camino que puede andarse en sábado.

Entrados en la ciudad, subieron a una habitación alta, donde tenían su morada Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, y Simón, llamado el Zelador, y Judas, hermano de Santiago.

Todos los cuales, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con las piadosas mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos o parientes de éste.» (I, 14.)

¡Cristo ha subido al cielo!...

Allí le contempló el protomártir Esteban, poco antes de morir apedreado; desde allí les envió a sus discípulos el Espíritu consolador, y desde allí vendrá con majestad y pompa a juzgar a los hombres en el día del juicio...

A LA DIESTRA DE DIOS

Tres notas distinguen la vida del Salvador en el cielo:
El descanso,
El goce del triunfo y
La incesante actividad.

El descanso.

La fatiga es uno de los achaques más emocionantes en la vida del Hombre-Dios. Su trabajo asiduo, ininterrumpido en la predicación del Evangelio; la afluencia del público que, en oleadas inmensas acudía a El, a oír de sus labios las más divinas y consoladoras enseñanzas y a presenciar sus estupendos milagros, le traían fatigado constantemente.

Muchas veces leemos en el Evangelio que el Divino Maestro tenía que esconderse de las turbas para descansar del trabajo agotador y que, de cuando en cuando, se retiraba a los montes, a la soledad y silencio, para reponer sus fuerzas y vacar a la oración.

Los largos y frecuentes viajes que tenía que realizar a pie, eran otro de los elementos de su fatiga. El Evangelio nos lo muestra en un episodio lleno de ternura, sentado sobre el brocal del pozo de Jacob, «*fatigatus ex itinere*», fatigado del camino.

Pero, sobre todo, en la Pasión sufrió los rigores del cansancio. En la calle de la Amargura se encontró exhausto por completo el que es la fuente de la vida; hasta le faltaban las fuerzas para seguir llevando la cruz, y cayó tres veces por la debilidad de su cuerpo...

¡Cristo fatigado!, ¡Cristo exhausto!

Apenas habrá otra realidad más impresionante en la vida del Salvador.

¡Cansada la virtud del Altísimo, la que da fuerzas a todos los seres de la creación! ¡Hasta ese punto se abajó por nosotros el Unigénito del Padre!...

Pues bien; con la Resurrección y la Ascensión a los Cielos, se dió término completo al trabajo y a la fatiga. Las palabras con que lo expresa el sagrado Evangelio no pueden ser más significativas: «Y está sentado a la diestra de Dios».

Sentado es expresión de descanso, de reposo; y esa es la vida que ahora lleva el Redentor en la Gloria.

¡Bien merecido lo tenía por cierto!

Sí; que descanse el Buen Pastor que tanto tuvo que correr tras las ovejas descarriadas; que descanse el Salvador del mundo que nos redimió con sus sufrimientos y su sangre; que descanse el Maestro que tanto tuvo que predicar; que descanse la Virtud de Dios, fatigada tantas veces hasta de hacer milagros de misericordia y de andar esparciendo bienes por todas partes a la Humanidad ingrata...

Que descanse el noble Huésped venido al mundo, y gracias infinitas por sus fatigas terrenas...

Ya todo ha terminado; pasó el invierno y llegó la primavera; pasaron los cansancios, el duro caminar bajo los ardientes rayos del sol, por las campiñas palestineses; pasaron las contradicciones, las luchas con el elemento protervo de Israel; pasó la Cruz y el Calvario...

Ya no habrá más calles de amargura, ni pozos de Jacob...

Reposo seguro, descanso eterno, paz imperturbable.

El goce del triunfo.

Nos cuenta San Juan en su «Apocalipsis» una visión confortadora.

Describe allí, cómo el Cordero, que era al mismo tiempo el León de la tribu de Judá, símbolo de Jesucristo, fué el único capaz de abrir el libro de los siete sellos.

Al realizarlo, «los cuatro animales y los veinticuatro ancianos, se postraron ante El, teniendo todos en sus manos cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos, y entonaron un cántico nuevo, que decía:

«Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque Tú has sido entregado a la muerte y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, lenguas, pueblos y naciones; con que nos hiciste para nuestro Dios, reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra».

También vió muchos ángeles alrededor del solio, y su número era de millares de millares, los cuales decían en alta voz:

«Digno es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición; y a las criaturas del universo, las que hay en el cielo y sobre la tierra, las oyó decir lo mismo: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición, y honra, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos». (V. 8, sig.)

En verdad que son merecidos estos honores.

Cristo se había humillado hasta la muerte y era necesario recompensar su dignación infinita, ensalzarle como su condición de Hijo de Dios le merecía.

Se cuenta de los generales romanos que cuando celebraban el triunfo apoteósico de su entrada triunfal en Roma, iba un edil, sentado en la magnífica carroza, delante del mismo triunfador, repitiéndole al oído constantemente, en medio de los aplausos y de la pompa: «Memento te esse mortalem», acuérdate de que eres mortal...

Con Cristo había pasado todo lo contrario.

El era inmortal, Dios verdadero, el heredero de la Crea-

ción; pero ¡ay!, se humilló hasta el exceso: «tentatum per omnia», dice San Pablo: Bajó del cielo, su patria, y se vistió de nuestra mortalidad, de la forma y naturaleza de esclavo; nació en un pesebre, en un establo de bestias; se ocultó en un taller de carpintero, trabajó y se llenó de polvo y de sudor; sobre todo sufrió persecuciones y afrentas, azotes y bofetadas y muerte de cruz: ¡oh Señor!, vienen deseos de decirle: «Memento te esse immortalem», acuérdate de que eres inmortal; no te abajes tanto; mira por Ti, por lo debido a tu nobleza, que eres Hijo de buen Padre...

Había, pues, que ensalzar al humillado y levantarle por encima de los cielos. Y ello es lo que se cumple ahora.

Mirémosle en su gloria.

Está sentado a la diestra de Dios.

Se le ha dado un nombre que está sobre todo nombre.

Le cantan los ancianos y arrojan las coronas a sus pies.

Los ángeles, las potestades y querubines son los mensajeros, los criados de Dios; El, por el contrario, es el Hijo; el Heredero: por eso, los ha dejado a todos atrás prosternados ante el trono del Altísimo, anonadados en su presencia, mientras El ha subido al trono mismo y se ha sentado a su derecha...

Digno sois, Señor, de todo ello.

El que se ensalza será humillado, y ensalzado el que se humilla.

Albricias también a la Humanidad.

El triunfo de Cristo es su triunfo.

El que ha sido elevado en forma tan eminente sobre todas las criaturas, es el Hombre-Dios, nuestro hermano, nuestra cabeza.

Lleno un día de dignación infinita vino a nosotros y se hizo de nuestra familia; ahora ha sido engrandecido por en-

cima de los cielos. Es un nuevo José constituido, no virrey de Egipto, sino señor de la Gloria. Con El hemos ascendido todos los suyos. Que ya, pues, nadie nos desprecie; somos allegados del mismo Dios. Nuestra carne se sienta en el trono del Altísimo y es servida por los ángeles.

Teníamos enemistado a Dios por la culpa; nos había arrojado del Paraíso, y vuelto las espaldas, y cerrado las puertas del cielo, y jurado en su indignación que no entrarían en ella nuestras plantas pecadoras. Pero ya se han hecho las paces.

Hemos sido, de nuevo, admitidos a la perdida herencia.

Actividad incesante.

Dijo un día Cristo en el Evangelio, que el Padre estaba continuamente obrando, y que El había, por eso mismo, de obrar continuamente.

Se refería, especialmente, a los milagros.

Et ego operor.

Es la tercera nota de la vida de Cristo en el cielo.

Hemos hablado del reposo, del descanso, del goce inalterable después del triunfo, pero no se vaya a creer que el descanso, el reposo, en El, es ociosidad, no hacer nada. Es más bien el descanso de Dios después de la creación de los mundos: un descanso activo, infinitamente operante...

Sacadas las cosas de la nada, vino para Dios el gobierno del mundo, el concierto y la marcha de la gran máquina cósmica, la conservación del universo...

Descanso activo de Dios...

Ese es también el descanso, el reposo de Cristo en el cielo.

Su campo de acción es su obra, el gobierno, la dirección, la santificación y esplendor de su Iglesia.

«Yo estaré con vosotros, había dicho a sus discípulos, hasta la consumación de los siglos». «No os dejaré huérfanos

y solos». Y San Pablo nos lo representa en el cielo intercediendo por nosotros, la Iglesia, con gemidos inenarrables...

El la creó, la hizo su esposa y la redimió con su sangre para hacerla toda hermosa, sin mancha ni ruga, y ahora sigue favoreciéndola, cuidando de ella, amándola ardientemente desde el cielo.

El es el que elige sus pastores, el que le da los Papas, los Obispos, los Sacerdotes, los Apóstoles.

El hace brotar en su abonado suelo Ordenes religiosas que son la concreción de su espíritu en el mundo; las conservadoras de los consejos evangélicos; representantes de la pobreza, de la caridad, de la abnegación heroicas. Las que participan de la plenitud de la vida abundante que El vino a traer a la tierra.

El alienta a los misioneros para que no desfallezcan en regiones inhóspitas en medio de climas asfixiantes; El les da el aliento, el heroísmo necesario para trabajar incansables...

El estuvo con sus mártires en los primeros siglos en el anfiteatro y en las hogueras, en los ecúleos y los garfios, y está ahora con los modernos en las cárceles y en las checas.

El estuvo con sus Apóstoles primeros en la implantación del Cristianismo, y está con los Apóstoles presentes, ayudándoles también con su gracia en la predicación y celo por la conservación del mismo.

Todo es obra de Jesucristo en la Iglesia.

En verdad que era conveniente su ida al cielo, como El mismo dijo a sus Apóstoles. Desde arriba se ven mejor las cosas: el general dirige mejor, desde lo alto, las batallas.

EPILOGO

Era el día de la Presentación al Templo del recién nacido Niño de Belén.

Su Madre y el justo José le habían conducido al gran Santuario nacional israelítico para cumplir con la ley mosaica que mandaba que todo primogénito varón fuera ofrecido al Señor y para dar la ofrenda que estaba marcada en la misma Ley: «Un par de tórtolas o dos pichones».

Una nota inesperada y de emoción vino a llenar el ambiente de simpatía y colorido...

Moraba en Jerusalén cierto anciano venerable llamado Simeón, conocido de todos por su piedad ardiente y sincera.

El Evangelio dice que era «justo y temeroso de Dios», y añade que esperaba, además, «la redención de Israel y que el Espíritu Santo estaba en él».

Una esperanza le sostenía en la vida: la promesa que había recibido de Dios de que no moriría sin ver antes al Cristo o Mesías esperado...

Atraído por una fuerza secreta al Templo, entraba en él precisamente cuando sus padres introducían a Jesús...

Simeón sintió de nuevo el secreto impulso que le guiaba, y, sin poder resistirlo, se acercó a la Madre; le tomó al Niño de sus manos y le contempló con cariño inmenso...

El velo que ocultaba el porvenir se descorrió entonces ante su vista y su corazón se estremeció profundamente... Aquel Niño era el esperado; el Cristo del Señor venido por fin a redimir al mundo... El, luz moribunda, sostenía en sus manos la luz indeficiente y levantaba en sus brazos temblorosos el precio de la salvación humana.

Aunque fatigado ya de vivir, se sintió súbitamente rejuvenecido y sus labios pronunciaron temblorosos el inefable cántico que había de ser el himno vespéral del reposo y de acción de gracias de la Iglesia.

«Ahora, Señor, ya puedes despedir a tu siervo, según tu palabra, en paz; porque han visto mis ojos tu salud; la cual has aparejado ante la faz de los pueblos: luz que ha de ser revelada a los gentiles y gloria para tu pueblo, Israel».

Luego, se dirigió a la Virgen Madre, que con embeleso escuchaba sus palabras, y le dijo compasivo y triste: «He aquí que este Niño está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para señal a la que se hará contradicción, y una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones...»¹.

EL SALVADOR

Hermosas profecías, en verdad.

Sí, Cristo es todo eso.

El es «la salud esperada de Dios», «el Salvador» de las promesas.

El pacificó el cielo con la tierra y salvó a la Humanidad sacándola de la esclavitud del demonio, príncipe de este mundo...

¹ Meschler, *Med.*, *Presentación*.

Todos los que van al Cielo, se salvan por El y todos los que se condenan han encontrado en El su ruína.

En El y por El se dividen los hombres en dos encontrados bandos, según sea el espíritu que anima en ellos, espíritu de verdad o de mentira y orgullo.

Por eso también es *signo de contradicción* y piedra de escándalo. La lucha comenzó a trabarse en la Cruz, pero se extendió bien pronto a todo el mundo y a los tiempos todos.

Cristo no ha sido nunca ni puede serlo, indiferente para nadie.

Ante El se decide toda humana criatura y se bifurcan los caminos de los individuos y los pueblos. O contra El, o por El: o enemigos encarnizados, o amigos hasta el delirio.

LA LUZ DEL MUNDO

Cristo es, en segundo lugar, la *Luz del mundo*: «lumen ad revelationem gentium»...

La Humanidad estaba «sentada en las tinieblas y sombras de la muerte»... y había que iluminarla...

La pobre Filosofía nada había podido conseguir a pesar de esfuerzos inauditos. Después de buscar febrilmente la verdad durante siglos, tenía que repetir desalentada la frase de los Apóstoles antes de la pesca milagrosa: «Toda la noche trabajando y nada hemos obtenido»...

El gran genio de Platón, hubo de despedirse de la vida «rogando a Dios que se apiadase de los hombres y enviase a alguien que les enseñara lo que tenían que creer y practicar»...

Cristo la iluminó.

«El pueblo que andaba entre tinieblas, vió una gran luz».

«Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo».

Gracias a El sabemos los más graves y trascendentales problemas religiosos que tan íntimamente nos atañen y cuyo conocimiento intentaron vanamente las más grandes inteligencias del pasado: la naturaleza y condición de Dios...; su Providencia y relaciones con los hombres...; de dónde venimos y a dónde vamos...; cuál es nuestro origen y nuestro destino; la inmortalidad y suerte eterna de nuestra alma en la vida futura...

Cristo es la Luz y en ella hemos visto nosotros...

«Un niño de nuestras escuelas, dijo el gran Donoso Cortés, que sabe el Catecismo, sabe más que todos los antiguos filósofos y genios de la Grecia»...

El Cristianismo es el hemisferio bañado por el pleno sol de la verdad; sus desconocedores y enemigos son los antípodas de la Luz.

GLORIA DE LA HUMANIDAD

Es la tercera afirmación del himno jubiloso del anciano vidente, aunque reducida a Israel.

Todos reconocen que Cristo es, aun en lo humano, la figura cumbre de la Historia: el hombre por excelencia que buscara Diógenes con su linterna en la mano y que no pudo encontrar... El hombre ideal; razón y espíritu; prototipo de la especie.

Pero hay más: es también y, sobre todo, el HOMBRE-DIOS.

Dios, porque es «el Verbo del Padre y la figura de su sus-

tancia»; «el Verbo que existía desde el principio y estaba en Dios y era Dios»...

Hombre también y hombre de corazón como nosotros, lleno de amor y de misericordia.

¡Deficiente idea de la Divinidad la que se tenía antiguamente!

Dios era para el gentil y aun para el judío, el Ser inmenso, omnipotente, infinito... Su trono, el Cielo; las nubes su escabel; sus mensajeros, el rayo y el torbellino... Se le llamaba el «Dios de las batallas y de los ejércitos y de las venganzas»... El Dios del Sinaí; o el Júpiter del Olimpo, armado de rayos exterminadores...

Al menos, el Dios de Epicuro y de Epicteto, de Platón y de Aristóteles, escondido allá entre las estrellas del cielo, sin Providencia, sin amor a los hombres...

Pero ese concepto no era el verdadero. Ni ese Dios el Dios que ansiábamos.

Necesitábamos un Dios humano, permítase la expresión.

Un Dios asequible; un Dios que no tanto deslumbrara con los rayos de su grandeza infinita cuanto atrajera con sus bondades...

Un Dios que tuviera corazón como nosotros; que supiera sentir nuestras desgracias y conmoverse y llorar...

Y eso fué Jesucristo...

«Apareció la Humanidad y benignidad de Dios Nuestro Salvador» (Tit. III, 4), dijo San Pablo.

Cristo es el Dios bueno en que soñaba la Humanidad...

Omnipotente, infinito y de poder taumatúrgico inexhausto; pero también, compasivo y misericordioso.

El Dios que se apiadaba de las turbas, al verlas hambrientas y errantes como ovejas sin pastor y realizó los más bellos milagros para socorrerlas.

El Dios que se estremeció ante la heroicidad de la pública pecadora que lloró a sus pies arrepentida y la defendió y la perdonó generosamente.

El Dios, Padre del hijo pródigo que le lloró en su ausencia y aguardó ansioso su retorno, y llegado, se echó a su cuello y le llenó de lágrimas y caricias.

El Dios que perdonó a la mujer adúltera ; que se hospedó en casa de Zaqueo ; y comía con publicanos y pecadores ; el Dios que se convirtió en pastor cariñoso que dió su vida por sus ovejas y que, cuando una se descarriaba, se iba a buscarla por los cerros y los montes hasta encontrarla y traerla gozoso sobre sus hombros al aprisco.

El Dios que, consciente de Sí, de su Omnipotencia, se presentó ante el sepulcro del amigo para resucitarle, pero antes lloró de emoción, contagiado por la santa debilidad de las lágrimas.

El Dios que miró con tristeza infinita a Jerusalén, su patria, la ciudad deicida e ingrata que iba a ponerle en un patíbulo y, al contemplar la ira de Dios cernerse sobre ella, se estremeció hasta lo más profundo de sus entrañas y lloró también.

El Dios del perdón generoso y abundante...

Exclama el apóstol, tan profunda como bellamente:

«Teniendo, pues, dice, por Pontífice Sumo a Jesús, Hijo de Dios, que penetró hasta lo más alto de los Cielos y nos abrió sus puertas, estemos firmes en la fe que hemos profesado. Pues no es tal nuestro Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo voluntariamente experimentado en sí todas las tentaciones y humanas debilidades, a excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros en el ser de hombre», (Hebr. IV, 14 y 15).

Un Dios humanado, repetimos; un Dios que sufrió todas nuestras penalidades; un Dios afligido, perseguido y humillado; un Dios que supo por experiencia propia lo que es el dolor y la fatiga y la muerte...

Un Dios que pudo apreciar lo que cuesta la obediencia, porque por ella tuvo que presentarse al sacrificio; un Dios que llegó a sudar sangre en la pavorosa agonía del Huerto y necesitó ser confortado por un ángel...

Este era el Dios que convenía a la Humanidad, frágil y pecadora.

El único que podía repetirla con derecho en sus dolores la tan conocida frase: «Non ignara malis, míseris succurrere disco»: «he aprendido a compadecerme de los males de los hombres porque los he pasado yo mismo y aun siento el dejo de su amargura».

INDICE DE MATERIAS

A

- Apariciones de Jesús: a M.^a Magdalena, 322, 324.
 — a los discípulos de Emaús, 323.
 — en el Cenáculo, 324.
 — en el Mar de Galilea, 325.
 — a Sto. Tomás, 324.
 Apostólicos (Padres), 53.
 Arrio, 264 s.
 Ascensión, 348 ss.
 — sus documentos históricos, 348.
 — a la diestra de Dios, 353 ss.

B

- Banquete (del fariseo), 253.
 Bernabé (S.) o Bárnaab, 54.
 Betania, 125.
 Bousset, 72.

C

- Cena (Última), 307.
 Centurión (romano), 302.
 Cicerón, 18.
 Clemente (Romano S.), 53.
 Códices, 50 s.
 Comunismo, 235.
 Concilio Nicea, 265 ss.
 Conversión (del mundo pagano), 181 s.
 — en el s. XVI: Africa y Asia, 220 s. América, 222 ss.
 Convertidos (nuevos), 238 s.
 Credenciales históricas de J. C., 44 ss.

CH

- Channing, 72.

D

- Daniel (profecía sucesión 4 Imperios), 22 ss.
 — Setenta semanas, 37 ss.
 Diógenes, 9.
 Divinidad de Cristo, 244 ss, 258 ss.
 — en el A. T., 244.
 — en el N. T., 245 ss.
 — propio testimonio, 246.
 — en la Iglesia primitiva, 258 s.
 — el Unigénito del Padre, 255.

E

- Enciclopedia, 232.
 Enrique VIII, 216.
 Existencia real de J. C., 59.
 Expectación de Cristo, 15 ss.
 — Roma: Cicerón, Virgilio, Tácito, Suetonio, Tito Livio, Polibio, 17 s.
 — Grecia: Plutarco, Platón, 16 s.
 — universal, 21.
 Evangelios: su autenticidad y notas, 44 ss.
 — versiones, 51.
 — documentos auténticos y seguros, 52.
 — citas de los mismos en escritos de los primeros siglos, 53 s.
 — su integridad, 62.
 — su veracidad y contradicciones racionalistas, 63 s.

F

- Filosofismo francés, 233, 269.
 — inglés, 231.

H

- Harnack, 72.

I

- Ignacio (S.) mártir, 53.
Imperios (profecía de los cuatro), 24.
Impostura y fraude (de los Apóstoles), 64 s.
Incredulidad (la — y los milagros evangélicos, 150 ss.
— moderna, 230 ss.
Ireneo (S.), 56.

J

- Jesucristo Dios, 244 ss., 258 ss.
— Mesías, 74 ss.
— Taumaturgo, 89 ss., 102 ss., 113 ss., 125 ss.
— Profeta, 163 ss., 177 ss., 193 ss., 214 ss., 230 ss.
— Redentor, 205 ss.
— Luz del mundo, 361.
— Signo de contradicción, 360.
— Gloria de la Humanidad, 362.
— Hombre - Dios, 363.
Juan Evang. (S.): su testimonio sobre la divinidad de J. C., 262.
Justino (S.), 55.

L

- Lázaro (resurrección de), 125 ss.
Loysi, 72.
Lutero, 215.

M

- Manuscritos del N. T., 48 s.
Mártires: su número, 205.
— crueldad de los tormentos, 206.
— heroísmo sobrenatural, 207 s.
Masonería, 231 s.
Mesías (Cristo), 74 ss.
— testimonios de la mesianidad de J. C., 76 s.
— afirmación de Jesús, 82 s.
— testimonio del Padre, 84, s.
Mesianismo (origen del — gentil), 21.

- Milagros de Jesús, 89 ss.
— clasificación de los, 90.
— número de los, 97.
— Bodas de Caná, 90.
— Cananea, 95.
— el siervo del Centurión, 92.
— curación hijo funcionario real, 91.
— resurrección hija de Jairo, 93.
— — hijo viuda Naim, 141.
— — Lázaro, 125.
— ciego de nacimiento, 113.
— hemorroísa, 94.
— camina sobre las aguas, 94.
— endemoniado, 96.
— mujer encorvada, 96.
— sordomudo, 95.
— leprosos, 137.
— tempestad apaciguada, 102.
— multiplicación panes, 138.
— paralítico piscina, 140.
— — Cafarnaún, 146.
— mano paralizada, 146.
— posibilidad de los, 99, 149.
— significación de los, 136.
— hechos verdaderos, 99.
— negaciones racionalistas, 62 s., 150 ss.
Misioneros (españoles y portugueses), 224 ss.
Modernismo, 268.
Muerte de Jesús, 289 ss.
— prodigios sobrenaturales en la, 290 s.
— grandeza moral de la, 293 s.
— dominio sobre la muerte, 302.

N

- Nabucodonosor (sueño de), 22.
Nicodemus, 255.

O

- Orígenes. 57.

P

- Pablo (Conversión de S.), 197.

- y la divinidad de J. C., 198, 259.
- y la resurrección de J. C., 327.
- Papias, 54.
- Papiros, 49.
- Parábola viñadores, 247.
- Paulus, 63.
- Pecadora (pública), 249.
- Pedro (S.): confesión de la divinidad de J. C., 258.
- Cesárea de Filipo, 246, 273.
- negaciones, 169.
- institución del Primado, 325.
- testimonio de la resurrección de J. C., 327.
- su vida y muerte en Roma, 201.
- su prisión y liberación, 199 s.
- Perdón pecados, 252.
- Persecuciones, 193, 203.
- en Jerusalén, 194.
- en Roma, 201.
- Herodes Agripa, 199.
- número de las, 203 ss.
- Platón (diálogo «Alcibíades»), 16.
- Plutarco, 29.
- Polibio, 29.
- Policarpo (S.), 53.
- Profecías: de Jesús, 82.
- mesiánicas: Jacob, 31.
- — Miqueas, 34.
- — Isaías, 35.
- — Daniel, 37.
- Cristo clave de las, 86.
- Profeta (Jesús), 163 ss., 177 ss., 193 ss.
- sobre su pasión, 164.
- negaciones de S. Pedro, 169.
- traición de Judas, 167.
- ruina de Jerusalén, 171.
- su futuro triunfo, 177.
- odio del mundo, 194 s.
- Protestantismo, 214 ss.
- causas del, 215 ss.

R

Racionalistas (hipótesis), 62 s.

- engaño de los Apóstoles, 151.
- leyendas Iglesia primitiva, 155.
- sugestión y «fe que sana», 156.
- Redentor (Cristo), 305 ss.
- Redención: en el A. T., 30 ss., 244 ss.
- en el N. T., 306.
- concepto de la, 308.
- Isaías y la — mesiánica, 314.
- Resurrección (de Cristo), 318 ss., 336 ss.
- predicción de la, 319.
- documentos históricos de la, 321.
- y la fundación del Cristianismo, 333.
- el robo del cadáver, 338.
- muerte aparente, 342.
- sugestión, 344.

S

- Sabatier, 72.
- Santos (los grandes — de los ss. XVI y XVII), 218 s.
- Santidad (de Jesús), 275 s.
- carencia de pecado, 275.
- — de inclinación a él, 277.
- positiva, 279.
- Satanismo, 236.
- Signos de esperanza, 237.
- Simeón, 359.
- Socialismo, 235.
- Suetonio, 19.

T

- Tácito, 19.
- Taumaturgo (Cristo), 89 ss., 102 ss., 113 ss., 125 ss.
- Tiberíades (lago), 103.
- Tito Livio, 29.

V

- Versiones del N. T., 51.
- Virgilio, 18.